

La Parábola del Sembrador

NO. 308

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 15 DE ABRIL, 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

“Juntándose una gran multitud, y los que de cada ciudad venían a él, les dijo por parábola: el sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron. Otra parte cayó sobre la piedra; y nacida, se secó, porque no tenía humedad. Otra parte cayó entre espinos, y los espinos que nacieron juntamente con ella, la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tierra, y nació y llevó fruto a ciento por uno. Hablando estas cosas, decía a gran voz: El que tiene oídos para oír, oiga.”
Lucas 8:4-8.

En nuestro país, cuando un sembrador sale con su semilla, entra a un campo cercado y comienza de inmediato, con debido orden y precisión, a esparcir la semilla de su canasta a lo largo de cada camellón y cada surco; pero en el Oriente, el campo de cultivo, que está muy cercano a la aldea, es una vasta planicie desprovista de cercas. Es cierto que el terreno está dividido en diferentes propiedades, pero no hay vallados, no hay divisiones, excepto los lindes antiguos, o tal vez, en raras ocasiones, un simple muro de piedras que se utiliza para dividir un campo de otro. A lo largo de estas tierras comunales y completamente abiertas, hay veredas, las más frecuentadas de las cuales se llaman calzadas. No deben imaginarse que estas calzadas sean en el menor grado como nuestros caminos macadamizados, sino son simplemente veredas frecuentadas, que quedan tolerablemente apisonadas. Por aquí y por allá hay atajos, sobre los cuales pueden andar los viajeros que deseen evitar el camino público buscando un poco más de seguridad, cuando el camino principal está infestado de ladrones, y el apresurado peatón puede encontrar un atajo a través de la planicie, y abre así un nuevo camino para otros que viajen en la misma dirección.

Cuando el sembrador sale en la mañana para sembrar la semilla, encuentra, tal vez, un pequeño espacio de terreno escarbado con un primitivo arado oriental; comienza a esparcir su semilla allí más abundantemente por supuesto, pero resulta que un sendero atraviesa el propio centro de ese campo, y a menos que esté anuente a dejar una importante área sin sembrar, tiene que arrojar un puñado de semillas sobre el sendero; y por allá, hay una roca que aflora justo en el centro de la tierra

arada, y la semilla cae sobre ella; y allá también, protegido por la negligente labranza del oriente, hay un rincón lleno de raíces de ortigas y cardos, y el sembrador siembra su semilla allí también; el trigo y las ortigas nacen juntamente, y según sabemos por la parábola, los espinos son más fuertes y ahogan a la semilla, de tal manera que no produce fruto para perfección. El recuerdo de que la Biblia fue escrita en el Oriente, y de que sus metáforas y alusiones nos deben ser explicadas enteramente, únicamente por viajeros orientales, nos ayudaría a menudo a entender un pasaje mucho mejor de lo que podría hacerlo un lector inglés común.

Ahora, el predicador del Evangelio es como el sembrador. Él no produce su semilla; su Señor le da su semilla. No sería posible que el hombre produjera la más pequeña semilla que haya germinado jamás sobre la tierra, y mucho menos esa semilla celestial de vida eterna. El ministro va a su Señor en secreto, y le pide que le enseñe Su verdad, y así llena su cesta con la buena semilla del reino. Lo que el ministro tiene que hacer, es salir, en el nombre de su Señor y esparcir la verdad preciosa. Si supiera dónde pudiera encontrarse el mejor suelo, tal vez se limitaría a aquel que ha sido preparado por el arado de la convicción. Pero como no conoce los corazones de los hombres, su oficio consiste en predicar el Evangelio a toda criatura; y tiene que echar un puñado en ese corazón duro allá, y otro puñado en este corazón crecido en exceso, que está lleno de afanes y riquezas y placeres de este mundo.

Él tiene que confiar el destino de la semilla al cuidado del Señor que se la dio, pues entiende muy bien que no es responsable de la cosecha; él es únicamente responsable del cuidado, de la fidelidad y de la integridad con los que esparce la semilla, a diestra y siniestra con ambas manos. Qué importa que ninguna espiga alegre jamás a las gavillas; aunque no se vea nunca una sola hoja brotando entre los surcos, el hombre será aceptado y recompensado por su Señor, si sólo ha sembrado la buena semilla, y la ha sembrado con mano cuidadosa. ¡Ay! ¡Ay! —si no fuera por este hecho, que no somos responsables de nuestro éxito—con qué agonía desesperanzadora debemos recordar que demasiado a menudo laboramos en vano, y gastamos nuestra fuerza sin obtener nada. El viejo clamor de Isaías debe ser todavía nuestro clamor, “¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?”

Pero una semilla de cada cuatro, encuentra un terreno lleno de esperanzas. Tres de las cuatro porciones, esparcidas en lugares malos, no producen ningún buen efecto, sino que se pierden, y no se volverán a ver, excepto cuando se levanten en el juicio en contra de nuestros oyentes carentes de la gracia, para condenarlos.

Permítanme observar aquí que la medida de nuestro deber no está limitada por el carácter de nuestros oyentes, sino por el mandamiento de Dios. Estamos obligados a predicar el Evangelio, ya sea que los hombres

oigan o que se abstengan de oír. Los corazones de los hombres son lo que son. No soy liberado de mi obligación de sembrar la semilla sobre la piedra al igual que en el surco, en la calzada al igual que en el campo arado.

Esta mañana mi plan será muy simplemente, dirigirme a las cuatro clases de oyentes que han de ser encontrados en mi congregación. En primer lugar, tenemos a aquellos que están representados por la ubicación *junto al camino*, los *meros oyentes*; luego tenemos a aquellos representados por *oyentes de terrenos de pedregales*, aquellos en quienes es producida una impresión transitoria, tan transitoria, sin embargo, que nunca llega a ningún bien duradero. Luego siguen aquellos en quienes *se produce una impresión grande y buena*, pero los afanes de esta vida, y el engaño de las riquezas y los placeres de este mundo ahogan la semilla; y, por último, esa pequeña clase –Dios se agrada en multiplicarla en grado sumo–, esa pequeña clase de *oyentes de buena tierra*, en quienes la Palabra hace dar fruto, en algunos a treinta, en algunos a sesenta, y en algunos ciento por uno.

I. En primer lugar, entonces, voy a dirigirme a aquellos corazones que son semejante a la ubicación JUNTO AL CAMINO: “Una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron.” Hay muchos de ustedes que no vinieron aquí esta mañana para recibir una bendición. No tenían la intención de adorar a Dios, o ser afectados por algo que pudieran oír. Son semejantes a una calzada que nunca estuvo diseñada para que fuera un campo de cultivo. Si un solo grano de la verdad cayera en su corazón y creciera, sería un milagro, una maravilla tan grandiosa como si el grano creciera en un área junto al camino hollado y apisonado.

Ustedes son los oyentes que están junto al camino. Si la simiente, sin embargo, es esparcida con destreza, parte de ella caerá sobre ustedes y permanecerá por un rato en sus pensamientos. Es verdad que no la entenderán, mas sin embargo, si es colocada delante de ustedes en un estilo interesante, se alojará por un breve tiempo. Mientras no los atraiga un entretenimiento más simpático, hablarán de las palabras que oyeron pronunciar al ministro de la verdad. Pero incluso este tenue beneficio es breve, pues en muy poco tiempo olvidarán qué tipo de personas son.

Quiera Dios que pudiera tener esperanza de que mis palabras se demoraran en ustedes, pero no podemos esperararlo, pues el suelo de su corazón está tan apisonado por el tráfico continuo, que no hay esperanza que la semilla encuentre un asidero duradero y vivo para sus raíces. Hay demasiado tráfico en sus almas que no permite que la buena semilla permanezca sin ser aplastada. El pie de Satanás está pasando siempre sobre su corazón, con su manada de blasfemias, lascivias, mentiras, y vanidades. Luego ruedan por su corazón los carros del orgullo, y los pies de las riquezas insaciabiles lo huellan, hasta que se vuelve duro y dia-

mantino. ¡Ay de la buena semilla!, pues no encuentra un momento de respiro; las muchedumbres pasan y vuelven a pasar; de hecho, su alma es un Bolsa de Valores, a través de la cual continuamente atraviesan los ocupados pies de los mercaderes, que convierten a las almas de los hombres en una mercancía. Ustedes están comprando y vendiendo, pero poco piensan en que están vendiendo la verdad, y en que están comprando la destrucción de su alma; están ocupados aquí y allá acerca de este cuerpo, la cáscara de su humanidad, pero son negligentes en cuanto a esa cosa preciosa interna: su alma.

Dices que no tienes tiempo de pensar en la religión. No, el camino de tu corazón es una vía pública tan congestionada, que no hay espacio para que este trigo brote. Si comenzara a germinar, algún rudo pie aplastaría la verde brizna de hierba antes de que alcanzara algo parecido a la madurez. Ha habido ciertos momentos contigo cuando la semilla ha permanecido lo suficiente para comenzar a germinar, pero justo entonces había un lugar de diversión abierto, y entraste allí, y como con un talón de hierro, la chispa de vida que estaba en la semilla fue aplastada; había caído en el lugar incorrecto; había demasiado tráfico allí para que tuviera la posibilidad de crecer.

Durante la peste de Londres, cuando los hombres eran llevados a su hogar permanente en grandes multitudes, la hierba crecía en las calles; pero el trigo no crecía en Cornhill, independientemente de cuán excelente fuera la semilla que sembraras allí. Rebusca en el mundo, y no podrías comprar una semilla de trigo que floreciera donde continuamente transita tal cantidad de tráfico. Tu corazón es igual que una vía pública congestionada; pues hay tantos pensamientos, y afanes, y pecados; tanto orgullo, vanidad, maldad y pensamientos rebeldes en contra de Dios, continuamente transitando por ella, que la verdad es semejante a la semilla arrojada sobre la calzada; no puede crecer porque es aplastada; y si permaneciera por un momento, las aves del cielo vendrían y se la llevarían.

Ay, pero es un pensamiento muy triste, que si esparcieras semilla en la calzada, no es sólo el pie de un mal hombre el que impediría su crecimiento, sino que incluso el pie de un santo podría ayudar a destruir su vida. ¡Ay!, los corazones de los hombres pueden ser endurecidos, no meramente por el pecado, sino por la propia predicación del Evangelio. Existe tal cosa como el endurecimiento para con el Evangelio; es posible escuchar sermones hasta llegar al punto que tu corazón se torna muerto y endurecido e indiferente. Como el perro del herrero que está echado y duerme mientras las chispas vuelan alrededor de su hocico, así yacerás y dormirás bajo el martillo de la ley, mientras las chispas de la condenación vuelan a tu alrededor, sin que te espanten ni te asombren nunca. Ya

has escuchado todo eso antes; te contamos una historia trillada cuando te advertimos de la ira venidera.

Los hombres que trabajan en las gigantescas calderas en las fábricas de Southwark, cuando entran por primera vez para sostener el martillo, quedan con sus oídos aturridos por los golpes; luego no pueden oír ningún sonido; pero gradualmente, según me informan, se acostumbran tanto a ese terrible ruido, que podrían dormir en medio de la caldera mientras los otros trabajadores estuvieran aporreando y golpeando ese aparato, aunque sus reverberaciones son como el trueno más potente.

Así sucede con ustedes; un ministro tras otro ha hollado en la calzada de su alma, hasta que se ha tornado tan dura que, a menos que Dios mismo se agrade partirla en dos con un terremoto, o con una conmoción del corazón, no habrá nunca espacio para que la semilla del cielo se aloje allí. Su alma se ha vuelto como un camino asendereado, por el cual circula mucho tráfico.

Hemos observado esta dura franja junto al camino y ahora vamos a describir qué sucede con la palabra cuando cae sobre este corazón. No crece; habría crecido si hubiese caído sobre un buen suelo, pero está en el lugar equivocado, y permanece tan seca como cuando fue arrojada por la mano del sembrador. Su vida yace dormida, el germen de vida en el Evangelio se esconde, y se queda en la superficie del corazón, pero no entra nunca en él. Como la nieve, que cae algunas veces en nuestras calles y no se queda allí ni un instante, sino que cae sobre el húmedo pavimento y se disuelve y se evapora, lo mismo sucede con el hombre. La palabra no tiene tiempo de revivir a las almas de los oyentes casuales de ella. Se queda allí un instante, pero no comienza nunca a echar raíces, o a tener el menor efecto.

Pero, nosotros preguntamos, ¿por qué los hombres vienen a oír si la palabra nunca es vuelta útil para ellos, y no entra nunca en el corazón? Eso me ha desconcertado a menudo; hay algunos de nuestros oyentes que no se ausentarían un domingo por nada del mundo, y que parecen deleitarse mucho al venir con nosotros para adorar, pero la lágrima no rueda nunca por su mejilla; su alma no parece elevarse nunca al cielo en las alas de alabanza, y tampoco se unen verdaderamente a nuestras confesiones de pecado. ¿Piensan en algún momento acerca de la ira venidera o acerca del estado futuro de sus almas? Su corazón es de hierro; es como si el ministro predicase a un montón de piedras en vez de predicarles a ellos.

¿Qué trae a estos pecadores insensibles aquí? ¿Hablamos a frentes de bronce y corazones de acero? De verdad tenemos las mismas esperanzas de convertir a leones y leopardos como de convertir a estos indómitos corazones incommovibles. ¡Oh sentimiento!, tú has huido a las bestias brutas y los hombres han perdido la razón. Yo supongo que estos hombres

vienen a menudo porque es respetable hacerlo, y además, porque incluso les ayuda a endurecerse; si permanecieran alejados, la conciencia les remordería y habría un poco de vida en ellos; pero asisten para poder lisonjearse con el convencimiento de que, después de todo, están bien. No son irreligiosos, no ellos; no son desconsiderados con la casa de Dios ni con su siervo; ellos asisten para poder endurecerse, y ser más y más embrutecidos en su estado de pecado y de insensibilidad.

¡Oh mis lectores!, su caso puede hacer llorar a los ángeles; tener el sol del Evangelio brillando sobre sus rostros, y sin embargo tener ojos invidentes que no ven nunca esa luz. La música del cielo resuena dulcemente, pero sus oídos son sordos, y ni el más débil acento alcanza jamás su pobre espíritu; el ministro es para ustedes alguien que toca un fino instrumento, pero toca ante una estatua que no tiene oídos para oír. Pueden captar el giro de una frase, y pueden encontrarle el sentido a una metáfora, pero el significado oculto, está totalmente perdido para ustedes. Están sentados en el banquete de bodas, pero no comen de los exquisitos bocadillos, y no beben de sus vinos; oyen las campanas del cielo tocando a júbilo por los espíritus rescatados, pero ustedes mismos permanecen secuestrados, sin Dios, y sin Cristo. Están parados a la puerta de la senda estrecha, en la propia puerta, pero no entran por ella; están cerca de la casa de misericordia, y la puerta está entreabierta; se paran y a veces miran hacia adentro, pero no dan nunca el paso final y decisivo.

Aunque hagamos lo que podamos para exhortarlos, aunque argumentemos con ustedes y oremos por ustedes, y nos lamentemos por ustedes, todavía permanecen justo tan endurecidos, tan descuidados, y tan incautos como siempre lo han sido. ¡Oh, que Dios tenga misericordia de ustedes!, y los saque de este estado pernicioso, para que todavía puedan ser salvos. Oh Espíritu Santo, rompe esta endurecida calzada, y condúcela a producir abundante fruto.

Sin embargo, todavía no hemos completado el cuadro. El pasaje nos dice que las aves del cielo la comieron. ¿Hay algún hombre aquí, esta mañana, que sea uno de estos oyentes de junto al camino? Tal vez no tenía la intención de entrar, pero vio a una gran multitud junto al Strand, y pensó que entraría y pasaría la hora, y que tal vez oiría algo que no olvidaría de inmediato; pero cuando salga y vaya a casa, algunos viejos compañeros le propondrán que vayan de excursión esta tarde. Él acepta y esa pobre semilla que había caído en lugar poco propicio será devorada por las aves del cielo.

Hay suficientes malignos listos siempre a comerse esta buena semilla. Está el diablo mismo, ese príncipe del aire, listo en cualquier momento a arrebatarse un buen pensamiento, o a sofocar una santa resolución. Y luego, el diablo no está solo: tiene legiones de ayudantes. Puede usar a la propia esposa de un hombre, a los propios hijos, puede poner contra ti

ese trabajo tuyo, y cualquiera de ellos puede comer la buena semilla. Puede haber un cliente esperando a la puerta, y aunque no tienes deseos de atenderle hoy, tienes miedo de perderlo, y lo atiendes, y entonces la buena semilla se va, y todo su buen efecto es eliminado. Oh, es una tristeza agravada que la semilla celestial se vuelva alimento del diablo; que el grano de Dios alimente a los pájaros del diablo.

Permítanme dirigirme otra vez personalmente a ustedes, esta mañana. ¡Oh, mis lectores, si han oído el Evangelio desde su juventud, cuántas carretadas de sermones han desperdiciado! En sus días de juventud, oyeron al doctor Fulano de tal, y ¡cómo solía ese querido doctor orar por sus oyentes, hasta que sus ojos enrojecían por las lágrimas! ¿Recuerdan todos esos domingos cuando se decían a ustedes mismos: “quiero ir a mi aposento y caer de rodillas y orar”? Pero no lo hicieron; las aves del cielo comieron la semilla, y ustedes prosiguieron pecando al igual que lo hacían antes. Desde entonces, por un extraño impulso, muy raramente se ausentan de la casa de Dios; pero ahora las chispas del Evangelio caen en sus almas como si cayesen en un océano, en el que son apagadas para siempre. La ley puede tronar delante de ustedes, y aunque no la miran con desprecio, no les afecta nunca. Jesucristo puede ser alzado delante de ustedes; sus amadas heridas pueden ser exhibidas; la sangre derramada puede fluir delante de sus propios ojos, y pueden ser invitados con todo denuedo a mirarlo a Él y vivir; pero ahora se ha vuelto asunto de perfecta indiferencia para ustedes. No han dicho tanto con palabras: “si he de perderme, me perderé, y si he de salvarme, seré salvo”; no han llegado al punto de *decir* eso, pero han llegado a *pensar* eso, y ahora podemos hacer lo que queramos con ustedes, y lo que queramos por ustedes, pero no podemos penetrar sus espíritus empedernidos, y no podemos arrojar ningún pensamiento santo en sus corazones endurecidos. ¿Qué haré por ustedes? ¿Me pararé aquí y derramaré una lluvia de lágrimas sobre esta endurecida calzada? ¡Ay!, mis lágrimas no la traspasarían; está demasiado endurecida para eso. ¿Pasaré sobre ella el arado del Evangelio? ¡Ay!, el acero se rompería, pero la reja del arado no entraría. ¿Qué haré? Oh Dios, Tú sabes cómo hacer añicos el pedernal. Tú puedes derretir el apisonado corazón de piedra con la preciosa sangre de Jesús. Hazlo ahora, te suplicamos, para la alabanza y gloria de Su gracia, que la buena semilla viva todavía, y produzca esa cosecha celestial, deseada vivamente por el alma de Tu siervo, sin la cual él no puede vivir, pero con la cual se regocijará con gozo indecible y pleno de gloria.

II. Voy a dirigirme ahora a la segunda clase de oyentes. “Otra parte cayó sobre LA PIEDRA; y nacida, se secó, porque no tenía humedad.” Ustedes pueden imaginarse fácilmente ese trozo de roca aflorando en el centro del campo. Por algún desgarró de la naturaleza, ha sido removida

hacia arriba en el medio de la planicie, y, por supuesto, la semilla cae allí como cae por todas partes.

Tenemos oyentes que nos causan más placer y sin embargo más dolor subsiguiente de lo que muchos de ustedes creerían. Nadie sino aquellos que aman las almas de los hombres pueden decir cuántas esperanzas, cuánto gozo, y cuántas expectativas arrojadas al suelo nos han traído estos pedregales. Tenemos una clase de oyentes cuyos corazones internamente son sumamente duros, pero externamente son aparentemente los más suaves y los más impresionables de los hombres. Mientras otros hombres no ven nada en el sermón, estos individuos lloran. No se trata sino de un discurso ordinario para la mayoría de nuestros oyentes, pero estos hombres son afectados hasta las lágrimas. Ya sea que prediques los terrores de la ley o el amor del Calvario, son de igual manera conmovidos en sus almas, y se producen aparentemente las impresiones más vívidas.

Yo tengo a algunos de esos oyentes aquí esta mañana. Han decidido, y decidido, y sin embargo, lo han pospuesto. No son los tenaces enemigos de Dios quienes se recubren de acero, sino que lo que parecen tener sus pechos desnudos, y los abren, y le dicen al ministro: “corta aquí; aquí hay un pecho desnudo para ti. Apunta tus flechas hacia acá. Encontrarán un lugar listo donde podrán alojarse.” Regocijados de corazón, arrojan allí nuestras flechas, y dan la impresión de penetrar; pero ay, llevan por debajo de la carne una secreta armadura que detiene cada dardo, y aunque vibra allí por un momentito, se cae, y no se completa ninguna obra. Leemos acerca de este personaje bajo este lenguaje: “Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra.” O como lo explica otro pasaje: “Estos son asimismo los que fueron sembrados en pedregales: los que cuando han oído la palabra, al momento la reciben con gozo; pero no tienen raíz en sí, sino que son de corta duración, porque cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan.”

¡Oh!, ¿acaso no tenemos decenas de miles de nuestros oyentes que reciben la palabra con gozo? No tienen profundas convicciones, es verdad, no tienen alarmas terribles, sino que saltan a Cristo súbitamente, y profesan una fe en Él instantánea, y esa fe tiene también toda la apariencia de ser genuina. Cuando la vemos, la semilla en realidad ha brotado. Hay un tipo de vida en ella, hay una brizna de hierba verde y real. Damos gracias a Dios y nos ponemos de rodillas, y aplaudimos: decimos que hay un pecador que ha sido traído de regreso, que hay un alma nacida para Dios, que hay un heredero del cielo. Pero nuestro gozo es prematuro: brotaron de súbito, y recibieron la palabra con gozo, porque no tenían profundidad de tierra, y por esa misma causa que apresuró la recepción

de la simiente; pero también, pronto, cuando el sol se elevó con su ardiente calor, se marchitaron.

Cada día vemos a estos hombres en la semana. Vienen a menudo para unirse a la Iglesia; nos cuentan una historia de cómo nos escucharon predicar en tal y tal ocasión, y, ¡oh, la palabra fue tan bendecida para ellos, que nunca se sintieron tan felices en su vida! “Oh señor, pensé que debía saltar de mi asiento cuando escuché acerca de un Cristo precioso, y creí en Él allí mismo en ese momento; estoy seguro que lo hice.” Les preguntamos si sintieron jamás su necesidad de un Salvador. Responden: “sí” –pero quieren decir–: “no.” Nosotros les cuestionamos respecto a si alguna vez fueron convictos de pecado. Bien, ellos piensan que sí, pero no lo saben; pero una cosa sí saben, que sienten un gran placer en la religión. Les preguntamos, “¿piensan que persistirán?” Oh, tienen confianza que lo harán. Odian las cosas que una vez amaron, están seguros que eso es así. Todo se ha vuelto nuevo para ellos. Y todo esto se ha dado de súbito. Les preguntamos cuándo comenzó la buena obra. Descubrimos que comenzó cuando terminó, es decir, no hubo un trabajo previo, no se aró el suelo, pero de pronto pasaron de muerte a vida y salieron de la condenación a la gracia, como un hombre que está al borde de un río podría saltar a la corriente.

A pesar de ello, estamos muy agradecidos por estos hombres. No podemos negar que parece haber toda apariencia de gracia. Tal vez los recibimos en la Iglesia; pero en una semana o dos ya no asisten a un lugar de adoración, con la regularidad con que solían hacerlo. Los reprendemos con suavidad, y dicen: bien, se enfrentan a tal oposición por la religión, que se contentan con ceder un poco. En otra semana los habremos perdido por completo. La razón se debe a que se han reído de ellos, han sido expuestos a una pequeña oposición, y se han vuelto atrás. Ellos son los señores Flexibles; irán al cielo con Cristiano, pues el cielo es un país que vale la pena. Así que caminan del brazo, charlando juntos muy dulcemente acerca del mundo venidero. Pero pronto se encuentran con una ciénega –el Pantano del Desaliento– y dentro cae el pobre Cristiano, y el señor Flexible se hunde allí también. “¡Oh! –dice él–, yo no acepté acompañarte para esto; yo no acepté acompañarte para que mi boca se llenara de lodo; si logro salir de aquí, y regresar, te puedes quedar tú solo con el valioso país.” Así que el pobre hombre trepa hacia fuera como puede, y sale por el mismo lado que apuntaba hacia su casa; y hacia allá regresa, muy contento de pensar que ha escapado de la triste necesidad de ser un cristiano.

Y, ¿cuáles creen ustedes que son los sentimientos del ministro? Siente que se precipitó al considerar que había tenido éxito. Él es como el labrador que ve su campo todo verde y floreciente, y durante la noche una helada marchita cada tallo, y el pobre finquero se lamenta porque sus

esperadas ganancias se han disipado. Lo mismo sucede con el ministro; se retira a su aposento, y se postra delante de Dios, rostro en tierra, y clama: “Oh, he sido engañado; este hombre ha vuelto a su vómito, como el perro; ha vuelto a revolcarse en el cieno, como la puerca lavada.”

Ustedes recordarán aquel viejo cuadro de Orfeo, que tenía tal habilidad con la lira, que los antiguos decían que hacía bailar a su alrededor a los propios robles y a las piedras. Es una ficción poética, y sin embargo le ha ocurrido a veces al ministro, que no sólo ha visto regocijarse a los piadosos, sino que los propios robles y la rocas han danzado en su lugares; pero, ¡ay!, han seguido siendo robles y piedras. Enmudece la lira, y el roble regresa al lugar de sus raíces, y la piedra de desploma más pesadamente en la tierra.

El pecador que, como Saúl, estaba entre los profetas, regresa a planear perversiones en contra del Dios Altísimo. El que cantó ayer, y oró anteayer en la reunión de oración, va a la taberna para maldecir; se arrastra por las calles de la ciudad la noche del mismo domingo de su recepción en el seno de la Iglesia visible en la tierra.

Yo conocí a un hombre que me causó muchas lágrimas amargas. En una cierta aldea, él era el cabecilla de todo lo que era malo; era un individuo alto, gallardo, grande; un hombre que podía beber más abundantemente que, tal vez, cualquier otro hombre en kilómetros a la redonda. Él era el terror del vecindario: un hombre que maldecía y juraba, y no conocía el miedo. Entró un día para oír la Palabra de Dios, y lloró. Toda la parroquia estaba asombrada. Allí estaba el viejo Fulano de tal, llorando, y se rumoró que el viejo Tom quedó impresionado; comenzó a asistir con regularidad a la capilla, y manifiestamente era un hombre cambiado. La cantina perdió a un excelente cliente; ya no era visto en la bolera, ni podía ser detectado entre las filas de borrachos que eran tan comunes en el vecindario. Al fin se decidió a dar un paso al frente en la reunión de oración; habló acerca de lo que había experimentado, de lo que había sentido y conocido. Le escuché orar; era un lenguaje rudo y áspero, pero contenía una sinceridad apasionada. Yo lo consideré como una deslumbrante joya de la corona del Redentor. Se sostuvo seis, no, nueve meses perseveró en nuestro medio. Si se requería realizar un trabajo pesado, él lo hacía. Si se requería mantener una escuela dominical, a unos seis o siete kilómetros de distancia, él caminaba hasta allá. Sin importar el riesgo, él salía para ayudar en la obra del Señor; si podía ayudar al más insignificante miembro de la Iglesia de Cristo, se regocijaba grandemente. Así prosiguió; Pero al fin, la risa a la que estaba expuesto, las mofas y escarnios de sus antiguos compañeros, que al principio enfrentó como un hombre, se volvieron demasiado grandes para él. Comenzó a pensar que había sido quizás demasiado fanático, demasiado dedicado. Entraba furtivamente al lugar de adoración, en vez de hacerlo osadamente; gra-

dualmente abandonó el servicio nocturno en medio de la semana, y por último abandonó el servicio dominical; y fue advertido a menudo, y a menudo fue reprendido, pero regresó a sus viejos hábitos; y aunque no volvió a ser el monstruo de pecado que había sido antes, cualesquiera pensamientos de Dios o de piedad que hubo conocido jamás, parecieron desvanecerse. Pudo hacer otra vez el juramento del blasfemo; otra vez pudo actuar perversamente junto a los profanos; y él –de quien nos habíamos jactado a menudo, y de quien decíamos en nuestras reuniones: “¡oh, cuánto debe ser glorificado Dios por esto!, ¿qué no puede hacer la gracia?”– para confusión de todos nosotros, estaba borracho algunas veces en nuestras calles, y entonces nos fue echado en cara: “este es uno de sus cristianos, ¿no es cierto? Es uno de sus convertidos que volvió a sus hábitos, y ha vuelto a ser tan malo como antes.”

Si es malo ser como el oyente de junto al camino, no puedo creer que sea mucho mejor ser como la roca. Y sin embargo, esta segunda clase de oyentes, ciertamente nos da más gozo que la primera clase. Hay un tipo de personas que siempre se acercan a un nuevo ministro; y he pensado a menudo, que es por un acto de la amabilidad de Dios en la Providencia que envía siempre a algunas de estas personas al principio, cuando el ministro es joven, y sólo tiene a pocas personas que están junto a él: una clase de personas que se conmueven fácilmente, y si predica con denuedo ellos lo sienten, y lo aman, y se reúnen a su lado. Pero el tiempo, que prueba todas las cosas, los prueba. Parecen estar hechos de un metal bueno y verdadero, pero al ser colocados en el fuego, son probados, y revisados, y son consumidos en el horno.

Al mirarlos a ustedes, veo a uno o dos que pertenecen a ese tipo. No conozco a la mayoría de ustedes, pero sí veo a algunos de quienes debo decir: “ustedes encuadran exactamente con las personas descritas aquí.” Los he mirado cuando he estado predicando, y a menudo he pensado: “Allí, ese hombre saldrá del mundo uno de estos días, estoy seguro que lo hará.” He dado gracias a Dios por él. ¡Ah!, pero durante estos siete años les hemos predicado a ustedes, y siguen siendo lo mismo que eran. Bien, puede haber otros siete años, ¿quién lo podría decir? Y, ¿acaso esos siete años han de ser de esfuerzos inútiles? ¿Habrán de ser siete años de advertencias rechazadas y de invitaciones rehusadas? ¿Podría ser así, y habrían de ser llevados a su tumba al final, y estaré al pie de ese sepulcro abierto, y pensaré: “aquí yace una esperanza marchita, una flor que se secó siendo capullo, un hombre en quien la gracia parecía abrirse paso, pero en quien no reinó nunca; que dio algunos esperanzadores espasmos de vida, pero luego todos se desvanecieron en la frialdad y la languidez de la muerte eterna”? ¡Que Dios los salve! ¡Oh, que trate con ustedes eficazmente, y que ustedes puedan ser traídos al redil, sí, ustedes, para que Jesús reciba toda la gloria!

III. Tendré que tratar brevemente con la tercera clase, y que el Espíritu de Dios me ayude para dirigirme fielmente a ustedes. “Otra parte cayó entre ESPINOS, y los espinos que nacieron juntamente con ella, la ahogaron.” Ahora se trataba de tierra buena. Los primeros dos caracteres eran malos; el espacio junto al camino no era el lugar apropiado, y la roca no era una situación propicia para el crecimiento de cualquier planta; pero este es un buen terreno, pues allí crecen espinos. Un terreno en el que crecen cardos, ciertamente puede producir también trigo. Dondequiera que brote el cardo y prospere, allí podría prosperar también el trigo. Se trataba de un terreno rico, bueno y fértil; no era sorprendente, por tanto, que el labrador sembrara abundantemente allí, y echara puñado tras puñado en ese rincón del campo.

Veán cuán feliz se pone cuando visita ese lugar en un mes o dos. La semilla ha brotado. Es cierto que hay una plantita sospechosa por allí, que tiene aproximadamente el mismo tamaño del trigo. “¡Oh!” –piensa–, “eso no es importante, el trigo crecerá más rápido que esa plantita; cuando crezca ahogará a esos pocos espinos que desafortunadamente se han mezclado con él.” ¡Ay, señor labrador, usted no entiende la fuerza del mal, pues no soñaría de esa manera! Regresa, y la semilla ha crecido; hay incluso trigo en la espiga, pero los cardos, los espinos, y las zarzas se han enredado los unos con los otros, y el pobre trigo con dificultad recibe un rayo de sol. Está tan afestonado con zarzas por todos lados, que con los pringues de las zarzas y la ausencia de luz solar, muestra una tonalidad amarillenta y marchita. Pero todavía vive; persevera en el crecimiento, y da la impresión que producirá un poco de fruto, pero no llega nunca a nada. El segador no llena nunca su brazo con él. Hay la señal de fruto, pero no se materializa; no lleva fruto.

Ahora, nosotros contamos abundantemente con esta clase entre nosotros. Tenemos a las damas y a los caballeros que vienen a oír la palabra, y también entienden lo que oyen. No son hombres y mujeres ignorantes ni ciegos, que desechen lo que han oído. No estamos echando perlas delante de los cerdos cuando les predicamos, sino que recuerdan y atesoran las palabras de verdad; se las llevan a casa; reflexionan sobre ellas; vienen, regresan y vuelven otra vez. Llegan hasta el punto de hacer una profesión de religión. El trigo parece crecer y florecer, y que pronto llegará a la madurez. No tengan prisa; estos hombres y mujeres tienen mucho que cuidar; tienen los cuidados de una gran empresa; su establecimiento emplea muchos cientos de manos; no se dejen engañar por su piedad: no tienen tiempo para ella. Ellos les dirán que tienen que vivir; que no pueden descuidar este mundo; que de todas maneras tienen que cuidar el presente, y en cuanto al futuro, piensan que podrán cuidar de él muy pronto. Continúan asistiendo, y esa pobre y pequeña brizna esmirriada continúa creciendo; y ahora se han vuelto ricos, y pueden asistir al lugar

de adoración en su carruaje, y tienen todo lo que el corazón puede anhelar. ¡Ah!, ahora crecerá la semilla, ¿no es cierto? Ahora no tienen afa-nes; ya vendieron su tienda, y viven en el campo; ya no tienen que pre-guntarse: “¿de dónde saldrá el dinero para pagar el siguiente recibo?”; o, “¿cómo podrán proveer para una familia que va en aumento?” No, ahora tienen demasiado, en lugar de demasiado poco, pues tienen sus *riquezas*.

“Bien, pero”—dirá alguno—“ellos podrían gastar sus riquezas para la obra de Dios; podrían ser talentos que podrían poner al interés.” ¡Oh!, no, no es eso; sus riquezas son engañosas. Ahora tienen que atender a mucha gente, ahora deben ser respetables, ahora deben pensar en la po-sibilidad de volverse miembros del parlamento, ahora tienen que tener todo el engaño que las riquezas pueden posiblemente conferir. Sí, pero comienzan a gastar sus riquezas, así que seguramente superaron esa di-ficultad. Dan con largueza para la causa de Cristo; son pródigos en la causa de la caridad, y cosas semejantes; ahora esa brizna pequeñita cre-cerá, ¿no es cierto? No, por lo pronto contemplen los cardos del placer. Su liberalidad hacia otros implica liberalidad hacia ellos mismos; se pla-cen con lo que tienen, y tienen razón en hacerlo; pero al mismo tiempo, estos placeres se vuelven tan altos y tan grandes que ahogan al trigo, y las buenas semillas de la verdad evangélica no pueden crecer porque tie-nen este placer, esa fiesta musical, ese baile y esa tertulia; así que no pueden atender a las cosas de Dios, porque los placeres de este mundo ahogan la semilla.

Conozco a varios tremebundos especímenes de esta clase. No sería justo contar la historia para que fuese conocida otra vez, pero podría contar muchísimas historias. Sé de uno que ocupa un alto lugar en los círculos de la corte, que a menudo me ha confesado que desearía ser po-bre, pues piensa que entonces podría entrar en el reino del cielo. Él tiene una alta posición, pero lo ha dicho, y lo ha mencionado con señales en su rostro que mostraban que lo que decía era verdad: “¡Ah!, señor, estos políticos, estos políticos, quisiera deshacerme de ellos, están carcomien-do la vida de mi corazón; no puedo servir a Dios como quisiera. Única-mente deseo retirarme al algún lugar apartado para buscar a mi Salva-dor.”

Sé de uno, también, tal vez sobrecargado de riquezas, siempre amable y noble con ellas, también; ese hombre me ha dicho, cuando hemos ca-minado juntos y he leído sus verdaderos pensamientos: “¡Ah!, señor, es una cosa terrible ser rico, pues uno encuentra que no es fácil aferrarse al Salvador con toda esta tierra que me rodea.”

¡Ah!, mis queridos lectores, no pediré por ustedes que Dios los ponga en el lecho de la enfermedad, que les quite todas sus riquezas, que los conduzca a la mendicidad, que les quite todos sus consuelos; no pediré

eso; oh, pero si Él lo hiciera, y ustedes salvaran su alma, sería la mayor negociación que podrían hacer jamás.

Si el rey pudiera quitarse su diadema para que fuera salvado; si aquellos más poderosos entre los poderosos que ahora expresan esta queja: que los espinos ahogan la semilla, pudieran renunciar a todas sus riquezas y ser proscritos de todos sus placeres; si todo su lujo se tornara en pobreza, y que todos aquellos que viven suntuosamente cada día pudiesen tomar el lugar de Lázaro en el muladar, y que los perros les lamieran sus llagas, sería un cambio feliz para ellos si sus almas pudieran ser salvadas.

Fijense bien, yo creo que un hombre puede ser rico y honrado, y sentir mucho placer en las misericordias de Dios, y luego ir al cielo después de la muerte; pero será un trabajo difícil con él: “Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.” Algunos de esos camellos pasan por el ojo de la aguja; Dios hace que algunos ricos entren en el reino del cielo, pero su lucha es dura, y desesperada la trifulca que tiene que enfrentar siempre contra su carne orgullosa, para mantenerla humilde y sometida.

¡Calma, joven amigo, calma! No te apresures a subir allí. Es un lugar que trastornará tu cabeza. No le pidas a Dios que te haga popular; los que gozan de popularidad, la odian, y desearían deshacerse de ella. No le pidas que te haga famoso y rico; los ricos y los famosos a menudo se contemplan, y desearían regresar a la quietud que una vez gozaron. Clama con Agur: “No me des pobreza ni riquezas.” Que Dios me permita caminar por el punto medio de oro, y que siempre tenga en mi corazón esa buena semilla, que producirá fruto a ciento por uno para Su propia gloria.

IV. Ahora concluyo con el último carácter, es decir, la BUENA TIERRA. De los de buena tierra, como podrán observar, tenemos uno de cada cuatro. ¡Ah!, quiera Dios que hubiera uno de cada cuatro de nosotros aquí, con un corazón bien preparado para recibir la Palabra. El suelo era bueno; no que era bueno por naturaleza, pero había sido hecho bueno por gracia. Dios lo había arado; lo había removido con el arado de la convicción, y allí estaba en el camellón y en el surco como debe ser. Y cuando el Evangelio fue predicado, el corazón lo recibió, pues el hombre dijo: “Ese es justo el Cristo que necesito. ¡Misericordia!” –dijo él– “eso es precisamente lo que pecador necesitado requiere. ¡Un refugio! Que Dios me ayude a volar a él, pues necesito un refugio urgentemente.” De tal forma que la predicación del Evangelio fue LA cosa que daría consuelo a este terreno turbado y arado. La semilla cayó; brotó. En algunos casos produjo un fervor de amor, un largor de corazón, una devoción de propósito, como semilla que produjo a ciento por uno. El hombre se volvió un poderoso siervo de Dios, y gastó lo suyo y aun él mismo se gastó. Tomó su lu-

gar en la vanguardia del ejército de Cristo, y estuvo en el lugar más intenso de la batalla, e hizo actos de osadía que pocos pueden alcanzar: la semilla produjo a ciento por uno.

Cayó en otro corazón de carácter semejante: el hombre no pudo hacer lo máximo, aunque hizo mucho. Se entregó a sí mismo a Dios, tal como era, y en su negocio tenía una palabra que decir en cuanto al negocio del mundo venidero. En su diario caminar, adornó quietamente la doctrina de Dios su Salvador; produjo a sesenta por uno.

Luego cayó en otro, cuyas habilidades y talentos no eran sino pequeños; no podía ser una estrella, pero sería una luciérnaga; no podía actuar como el más grande, pero estaba contento con hacer algo, aunque fuese lo más insignificante. La semilla había producido en él a diez o tal vez a veinte por uno.

¿Cuántos de esos tengo yo en esa vasta congregación hoy? Vine aquí con mi alma ardiendo toda para predicarles; pero una súbita oscuridad y pesadez de alma me ha poseído, y mientras les he estado predicando, he predicado en mi propio espíritu contra viento y marea. Pero, ¿puedo esperar que independientemente de la torpeza con la que eche la semilla, caiga en algún buen lugar, en algún terreno propicio? ¿Hay alguien que ore dentro de sí: “oh Señor, sálvame; Dios sé propicio a mí, pecador”? La semilla ha caído en el lugar correcto. Alma, tu oración será escuchada; Dios nunca hace que un hombre anhele la misericordia sin que tenga la intención de otorgársela.

¿Y acaso otro susurra: “¡oh!, que pudiese ser salvo?” Alma, “Cree en el Señor Jesucristo, y tú, incluso tú, serás salva.” ¿Has sido acaso el primero de los pecadores? Confía en Cristo, y tus enormes pecados desaparecerán como la piedra de molino que se hunde bajo las aguas. ¿No hay ningún hombre aquí que confíe ahora en el Salvador? ¿Podría ser posible que el Espíritu estuviese enteramente ausente? ¿Sería posible que no se estuviese moviendo en un alma? ¿Que no esté engendrando la vida en un espíritu? Vamos a orar para que descienda ahora, para que aunque la semilla esté esparcida inapropiadamente, el Dios protector vigile sobre ella, y la fortalezca y la nutra, hasta llegar a una cosecha eterna.

Cuán solemne pensamiento es este: pensar en estas grandiosas reuniones dominicales durante todos estos años, yendo y viniendo, yendo y viniendo, y ¡tantas personas todavía no son salvas! Yo supongo que es mi porción predicar a más de uno o dos millones de preciosos espíritus inmortales cada año, y ¡cuántos de estos millones oyen con oídos sordos, y no son conmovidos en sus almas, sino que continúan como eran, muertos en delitos y pecados! Ese pensamiento me causa vértigos a veces; ¿pasarán ante mis ojos estas congregaciones en la eternidad, y si no he sido fiel, seré escupido por cada boca de cada hombre a quien he engañado? ¿Acaso cada ojo de los millones a quienes he predicado lanzará

condenaciones ardientes sobre mí por toda la eternidad? Deben hacerlo, *deben hacerlo*, si no he buscado su bienestar, y si no les he predicado el Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Les imploro, les suplico, si su sangre debe caer en alguna parte, al menos presten atención a lo que digo ahora, o permítanme esperar que aceptarán que he tratado de serles fiel, para que su sangre no sea encontrada en mis vestidos. Pero, ¿por qué esa sangre habría de ser esparcida en cualquier lado? ¿Acaso no hay esperanza? ¿No hay salvación? Mientras dure la vida, ¿no hay todavía una puerta de escape?

¡Huye, querido lector, huye! Te suplico que huyas, te imploro por el Dios vivo, por el tiempo, por la eternidad, por el cielo, por el infierno, huye, huye hacia Jesús, antes de que la Muerte te alcance, pues te está buscando; ese jinete-esqueleto montando su caballo amarillo, y antes de que la condenación te alcance, huye, huye adonde está Él, cuyos brazos abiertos están listos para recibirte ahora. Confía en Jesús y serás salvo: “El que creyere en el Señor Jesús, y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” ¿Acaso soy un fanático o un entusiasta al pedirte, al suplicarte que pienses en estas cosas? “Fanático” el día del juicio sólo querrá decir un hombre de buena fe. Un “entusiasta” sólo significará uno que quería decir lo que expresaba. Oh, cree en el Señor Jesucristo, para que no arda la ira de Dios y Su pronta justicia te alcance, incluso mientras estás aquí ahora—

***“Vengan, almas culpables, y huyan lejos,
Hacia Cristo para que sane sus heridas;
Este es el día del Evangelio de bienvenida,
En el que la gracia inmerecida abunda.”***

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #308 – Volumen 6

THE PARABLE OF THE SOWER